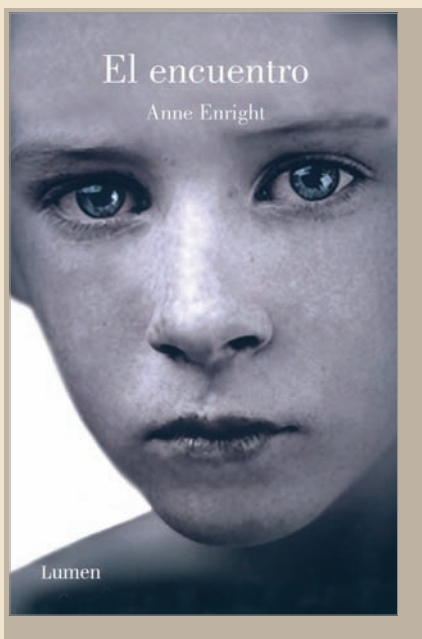


El encuentro

Anne Enright



Extracto del capítulo I

Me gustaría contar qué ocurrió en casa de mi abuela el verano en que tenía yo ocho o nueve años, pero no estoy segura de si sucedió en realidad. Necesito dar testimonio de un hecho que no sé si es cierto. Siento bullir dentro de mí eso que tal vez jamás haya tenido lugar. Ni siquiera sé cómo llamarlo. Creo que podríamos decir que fue un crimen carnal, pero la carne desapareció hace mucho y no sé qué daño puede haber quedado en los huesos.

A mi hermano Liam le encantaban los pájaros y, como a todos los chicos, le gustaban los huesos de animales muertos. Yo no tengo hijos varones, así que cuando paso cerca de un pequeño cráneo o esqueleto vacilo y pienso en Liam, en lo mucho que admiraba su complejidad. Las alas viejas de una urraca entre el montón de plumas; regordetas, ligeras y limpias. Porque este es el adjetivo que aplicamos a los huesos: limpios.

Digo a mis hijas, por supuesto, que no se acerquen a los cráneos de ratón que puedan encontrar en el bosque ni al pinzón muerto que se pudre junto a la tapia del jardín. No sé por qué. Sin embargo, a veces encontramos en la playa el hueso de una jibia tan puro que me lo guardo en el bolsillo, y mi mano se conforta con el secreto de su blanco arco.

No se puede hablar mal de los muertos, creo yo, solo se les puede consolar. Por eso ofrezco a Liam esta imagen: mis dos hijas correteando por el borde arenoso de una playa de guijarros, bajo un cielo plumizo, turbulento, con los hombros de sus abrigos encogidos a sus espaldas. Luego la borro. Cierro los ojos y me dejo envolver por la sonora quietud del mar. Cuando los abro, es para llamar a las niñas y decirles que vuelvan al coche.

¡Rebecca! ¡Emily!

No importa. No sé la verdad o no sé cómo contarla. Solo tengo anécdotas, pensamientos nocturnos, las súbitas convicciones que engendra la incertidumbre. Solo tengo delirios más bien. «¡Ella le quería!», digo. «¡Ella debía de quererle!» Aguardo la clase de sensación que produce el alba cuando no se ha dormido. Me quedo abajo mientras la familia respira en el piso de arriba y escribo, amortajo con frases hermosas, mis limpios y blancos huesos.

Algunos días no recuerdo a mi madre. Miro su foto y ella se me escapa. O la veo un

domingo, después de comer, pasamos una tarde agradable y cuando me voy siento que ella se me escurre, como el agua.

«Adiós», me dice, ya desvaneciéndose. «Adiós, hija mía», y acerca su suave y vieja cara para que la bese. Todavía me enfurece eso. La forma en que, en cuanto me doy la vuelta, parece que se desvanece y cómo, cuando miro, solo veo la silueta. Creo que podría cruzarme en la calle con ella sin reconocerla si se hubiese comprado un abrigo nuevo. Si mi madre cometiera un crimen, no habría testigos: es el propio olvido.

«¿Dónde está mi bolso?», decía cuando éramos niños, o bien preguntaba por las llaves o las gafas. «¿Habéis visto mi bolso?», haciendo sentir casi su presencia durante algunos segundos, mientras iba del recibidor a la sala, a la cocina y volvía a salir. Ni siquiera entonces la mirábamos a ella, sino a cualquier otro lugar: era un revuelo a nuestra espalda, una especie de sentimiento de culpa colectivo, mientras buscábamos por la habitación, sabedores de que nuestros ojos no repararían en el bolso, que era marrón y grueso, aunque lo tuviéramos delante.

Al final Bea lo encontraba. Siempre hay un niño capaz no solo de mirar, sino también de ver. El más callado.

«Gracias, cariño.»

Para ser sincera, debo decir que mi madre es una persona tan borrosa que es posible que ni siquiera se vea a sí misma. Es capaz de recorrer con la punta del dedo una fila de niñas en una foto antigua, y no reconocerse entre ellas. De sus hijos, yo soy la que más se parece a su madre, mi abuela Ada. Eso debe de resultar confuso.

«Ah, hola», dijo al abrirme la puerta el día en que me enteré de lo de Liam.

—Hola, cariño. —Hubiera podido decirle lo mismo al gato—. Pasa. Pasa —plantada en el umbral, sin moverse para dejarme entrar.

Por supuesto, sabe quién soy, solo que no recuerda mi nombre.

Sus ojos van de un lado a otro mientras va descartando los nombres de su lista.

—Hola, mamá —digo, más que nada para darle una pista.

Y me adelanto a ella para entrar en el recibidor.

La casa me conoce. Siempre más pequeña de lo que debería; las paredes más juntas de

lo que recuerdo. El espacio es siempre demasiado reducido.

A mi espalda, mi madre abre la puerta de la sala.

—¿Quieres tomar algo? ¿Una taza de té?

Pero yo no quiero pasar a la sala. No soy una visita. Esta es también mi casa. Estaba cuando crecía; cuando el comedor penetró en la cocina, cuando la cocina se tragó el jardín trasero. Es el lugar donde todavía tienen los sueños.

No es que piense en volver a vivir aquí. Toda la casa es una ampliación, no un hogar. Hasta el armario que hay junto a la puerta de la cocina tiene otra puerta al fondo, de forma que hay que abrirse paso entre abrigos y aspiradores para entrar en el aseo del piso de abajo. No es una casa que se pueda vender, pienso a veces, salvo como solar. Para arrasarla y comenzar de nuevo.

La cocina sigue oliendo igual: un hedor que penetra en la base del cráneo, indefinido y repugnante, bajo el olor de la pintura reciente de color amarillo pálido. Armarios llenos de sábanas viejas; algo pegado y carbonizado en el revestimiento del calentador de inmersión; la butaca donde se sentaba mi padre, con los brazos lustrosos, por los muchos años de desechos humanos. El olor me produce arcadas y luego ya ni siquiera lo percibo. Simplemente está. Es nuestro propio olor.

Me acerco a la encimera del fondo de la cocina y cojo el hervidor, pero cuando voy a llenarlo el puño de mi abrigo se engancha en el grifo abierto y la manga se llena de agua. Agito la mano y después el brazo, y cuando el hervidor está lleno y enchufado me quito el abrigo, vuelvo del revés la manga mojada y la sacudo en el aire.

Mi madre observa la extraña escena como si le recordara algo. Se acerca a la encimera donde los comprimidos hacen causa común en un plato. Se los toma uno tras otro con una flácida pasividad de la lengua. Echa la cabeza hacia atrás y traga las pastillas a palo seco mientras me froto el brazo mojado con la mano y después me paso la mano húmeda por los cabellos.

Por último ella se lleva a la boca una cápsula verde y se queda quieta mientras la traga. Mira un momento por la ventana. Entonces se vuelve hacia mí, remisa.

«¿Cómo estás, cariño?»

«¡Veronica! —tengo ganas de gritar—. ¡Me pusiste el nombre de Veronica!»

Ojalá se volviera visible, pienso. Entonces podría agarrarla y acunar en ella la realidad de la situación, la gravedad de lo que ha hecho. Pero continúa difuminada, imparable, demasiado amada.

He ido a decirle que han encontrado a Liam.

—¿Estás bien?

—¡Oh, mamá!

La última vez que lloré en esta cocina tenía diecisiete años, demasiados para llorar, aunque tal vez no en nuestra familia, en la que todo el mundo parecía tener todas las edades al mismo tiempo. Paso el brazo húmedo por la mesa de pino amarillo, con su gruesa y brillante superficie de material plástico. Vuelvo la cara hacia ella y me dispongo a decir las palabras de rigor (hay cierto regodeo en ello, me doy cuenta), pero dice de pronto «¡Veronica!», y va —se precipita casi— hacia el hervidor. Pone la mano en el asa de baquelita mientras las burbujas se apiñan en el interior cromado y lo levanta, enchufado aún, para verter un poco de agua en la tetera.

Él ni siquiera se llevaba bien con ella.

Hay una muesca en la pared, junto a la puerta, donde Liam arrojó un cuchillo a nuestra madre y todos nos reímos y le gritamos. Está entre otras hendiduras y marcas anónimas. Famoso, el agujero que hizo Liam después de que mi madre se agachara y antes de que todos nosotros comenzáramos a reír.

¿Qué pudo haberle dicho ella? ¿Qué hipotética provocación pudo haberle infligido esta dulce mujer? Luego Ernest, o Mossie, uno de los encargados de mantener el orden, lo sacó a empujones por la puerta de atrás, lo arrojó sobre hierba y le propinó unas cuantas patadas. Nos reímos de eso también. Y mi difunto hermano, Liam, se desternillaba: el lanzador de cuchillos, aquel al que estaban pateando, se tronchaba de risa, y agarró por el tobillo a su hermano mayor para derribarlo sobre la hierba. Recuerdo que yo también me reía. Mi madre chasqueó la lengua al ver la escena y volvió a sus ocupaciones. Mi hermana Midge recogió el cuchillo del suelo, se asomó a la ventana, y lo blandió mirando a los que peleaban antes de arrojarlo al fregadero lleno de platos por lavar. Si no otra cosa, nuestra familia sabía divertirse.

Mi madre tapa la tetera y me mira.

Soy un amasijo tembloroso de la cabeza a los pies. Hace un calor tremendo, una flojera en las entrañas me impulsa a hundir los puños entre los muslos. Es una sensación desconcertante —a medio camino entre la diarrea y la excitación sexual—: un dolor casi genital.

La última vez que lloré aquí debió de ser por algún chico. Por lo común las lágrimas de la familia no significaban nada en esta cocina; solo eran parte del ruido general. Lo único que me importaba era: «Me ha telefoneado» o «No me ha telefoneado». Una catástrofe. El tipo de cosa que impulsa a

arañar las paredes tras haber dado cuenta de cinco botellas de sidra: «Me ha dejado». Con el cuerpo doblado, apretando el estómago, berreando entre náuseas. «Ni siquiera telefoneó para que le devolviera la bufanda». El chico de los ojos azul turquesa.

Porque nosotros, los Hegarty, somos también —o eso creo— amantes apasionados. Contacto visual, sexo inmediato y nunca, jamás, abandonar. Con excepción de los que no podemos amar en absoluto. Lo que nos ocurre a todos, de algún modo.

—Es acerca de Liam —digo.

—¿Liam? —dice—. ¿Liam?

Mi madre tuvo doce hijos y, como me contó un día difícil, cuatro abortos. Las lagunas de su memoria no son culpa suya. Aun así, jamás le he perdonado ninguna. Simplemente no puedo.

No la he perdonado por mi hermana Margaret, a quien llamamos Midge hasta que falleció, con cuarenta y dos años, de un cáncer de páncreas. No le perdono mi bella y descarriada hermana Bea. No le perdono mi hermano mayor, Ernest, que fue cura en Perú hasta que se convirtió en un cura no practicante en Perú. No le perdono mi hermano Stevie, que es un angelito en el cielo. No le perdono la larga y tediosa letanía de Midge, Bea, Ernest, Stevie, Ita, Mossie, Liam, Veronica, Kitty, Alice y los gemelos Ivor y Jem.

Estos son los épicos nombres que nos dio, entre nosotros no hay ni un Jimmy, un Joe o un Mick. Puede que asignara números a los abortos, como «1962» o «1964», aunque quizá les puso también nombre en su corazón (Serena, Aifric, Mogue). Tampoco le perdono esos hijos que no llegaron a nacer. Ni que no anotara los datos de sus hijos en un cuaderno, de modo que supiéramos quién tuvo qué, cuándo y qué vacunas. ¿Y si resulta que soy la única mujer de Irlanda que aún corre el riesgo de padecer poliomielititis? No hay forma de saberlo. No le perdono que siempre tuviera que llevar ropa heredada de mis hermanas, los pocos juguetes y que Midge nos zurrara porque mi madre era demasiado buena o estaba demasiado atareada, distraída o embarazada para molestarla.

Mi adorada madre. La chica eternamente joven...

No, en resumidas cuentas, no le perdono el sexo. La estupidez de tanto follarse. Sin trabas y a ciegas. Consecuencias, mamá. Consecuencias.

—Liam —digo con firmeza, y en la cocina se hace el silencio mientras cumplo con mi deber, que es hablar a un ser humano acerca de otro ser humano, explicarle con tacto y pocos detalles cómo ha encontrado su fin—. Me temo que ha muerto, mamá. (...) ■